



ENFOQUE PSICOLÓGICO Y SOCIOLÓGICO DEL TRABAJO

por el Q.: H.: MARTÍN FAUNES AMIGO
Chile

INTRODUCCIÓN

Tal como ocurre con la mayoría de los temas que abordamos en nuestros Templos, el presente poseía también ángulos poco explorados que pude detectar y al desarrollarlos me develaron luminosidades que espero ustedes también puedan como yo disfrutarlas. Empezaré citando una frase de ésas que provocaban nuestra burla cuando éramos adolescentes: “El trabajo dignifica”. Para quien no recuerde cómo se bromeaba con ella, nosotros, estudiantes de liceo, reflexionábamos replicando: “Si el trabajo dignifica que trabajen los indignos”. Hago notar que esta broma no obstante lo infantil que hoy pueda parecernos, plantea dos interrogantes de extraordinaria importancia que nos servirán de hilo conductor de este trabajo. La primera es bastante obvia: ¿el trabajo realmente dignifica?, la segunda algo más sofisticada: ¿quiénes serían los indignos que deberían dignificarse con el trabajo? Para despejarlas expondremos una corta historia de esa actividad humana llamada trabajo que ordenaremos desde visiones diversas enfocándonos en lo sociológico: estudio de los seres humanos y sus relaciones en las sociedades; y en lo psicológico: estudio de los procesos psíquicos, incluyendo procesos cognitivos internos, así como los procesos sociocognitivos del entorno social.

DESARROLLO

Algunas definiciones del sustantivo “trabajo” y también del sustantivo “trabajo” recargado con algunos adjetivos interesantes. Trabajo según la RAE, es una actividad propia del hombre que tiene por finalidad producir bienes o servicios que para realizarse requieren un esfuerzo físico o mental. Se extiende la RAE: El trabajo es importante porque permite mantener una sociedad sin ocio, satisface necesidades económicas, y contribuye con el país. Intentaremos ahora algunas definiciones de “trabajo” acotadas por su adjetivo. A saber: Trabajo digno es aquel que nos reconforta realizar y que pese a no siempre reportarnos una retribución económica muy holgada, nos permite satisfacer las necesidades propias y la de nuestras familias. Buen trabajo es aquel que realizamos a gusto entre otras cosas porque ocupamos en él nuestra experiencia y conocimientos por lo tanto nos sentimos cómodos y seguros realizándolo, además recibimos por él una retribución que nos parece digna y justa no sólo en lo económico sino también en lo espiritual. Trabajo rutinario es el que se realiza bajo directrices concretas y actividades repetitivas de tal manera que para llevarlo adelante se requiere del mero oficio que el trabajador haya adquirido en el instituto o en la práctica. Trabajo creativo es aquel que para realizarse requiere además de la experiencia y del oficio, una cierta capacidad de improvisación e ingenio, así como la disposición para ir más allá de lo que aparece en los libros e investigar sin limitarse a lo que se encuentra en la documentación más corriente.

Mal trabajo es el que no nos agrada realizar y por el que generalmente no se recibe buena paga. Entre los malos trabajos se puede diferenciar varios tipos asociados a adjetivos diferentes: Trabajo pesado, Trabajo frustrante, Trabajo indigno, Trabajo excesivo, Trabajo esclavizante, Trabajo obligado, y esto, sólo por mencionar a algunos. Trabajo sucio merece una explicación mayor: es éste que se realiza generalmente para terceros y que no los realizan esos terceros directamente porque es un trabajo que esos terceros sienten o saben que el realizarlos no los dignifica. En otras palabras, en el trabajo sucio el que lo realiza se ensucia las manos, y se las ensucia por algún tipo de prebenda aportada por éstos que no desean ensuciárselas. El hecho de ensuciarse las manos se puede interpretar tanto en términos literales como metafóricos. No voy a detenerme a definir qué es trabajo intelectual ni tampoco manual, porque los adjetivos son suficientemente explícitos, sin embargo creo importante señalar que el trabajo manual, más allá de muchas consideraciones, está más expuesto que el trabajo intelectual a desgranarse en algunos de los adjetivos menos deseados antes descritos; no obstante, en lo que se refiere a “trabajo sucio”, la balanza se carga hacia lo intelectual. A saber: los autores intelectuales de las fechorías del trabajo sucio deberían considerarse siempre como los mayores culpables. Desafortunadamente esto no es ni ha sido siempre así, constituyendo ello una deuda de la administración de justicia que no sólo posee la sociedad chilena.

Finalizo estas definiciones con aquel sustantivo “trabajo” que no se acompaña por un adjetivo, sino por la preposición “sin”, lo cual conforma la dupla “sin trabajo”, y me extiendo en ella diciendo que “sin trabajo” podría significar descanso o vacaciones, pero cuando significa “cesantía” se transforma en una de las mayores amenazas de nuestra sociedad. Entre estas definiciones ya se puede ir reconociendo alguna relación con la broma juvenil de que hablábamos y se puede ir notando también que en todos estos trabajos adjetivados o aquel acompañado por la preposición “sin” surgen criterios tanto sociológicos como psicológicos los cuales no son excluyentes.

Un poco de historia. Si trabajo es una actividad propia del hombre que tiene por finalidad producir bienes o servicios, entonces el hombre no siempre ha trabajado. A saber, el hombre fue primero un recolector-cazador nómada que no producía ningún bien material, aunque sí recolectaba elementos necesarios para la subsistencia como frutas o presas, pero ese bien presa no se diferenciaba del bien presa conseguido por tigres o leones, y si lo podían realizar animales no se puede hablar entonces de un trabajo propiamente tal, sino sólo de actividades de subsistencia. El trabajo verdadero empieza con la ganadería y la agricultura, actividades que implican aspectos sociológicos porque el realizarlo implica asociaciones entre varias personas y aún comunidades; y psicológicos porque implica pensamiento individual, ideación de estrategias, y porque este pensamiento no puede ser inmediatista como el de las bestias. Esto es, para obtener un producto agrícola o ganadero hay que saber postergar y esperar por resultados que pueden tardar temporadas, algo que jamás podrían aguantar tigres ni leones. Por otra parte, esperar toda una temporada para valerse de un bien producido, implica “saber que si realizamos tales o cuales acciones, después de esa temporada podremos valernos de los productos de esas acciones”. Ello implica transmisión de experiencias y necesariamente lenguaje. En otras palabras el concebir y realizar un trabajo implica la acumulación de acervo cultural siendo éste sólo posible si se dispone de lenguaje. El lenguaje es un don privativo del hombre.

Desde el punto de vista sociológico, es posible decir que en la sociedad primitiva llamada “gentilicia” si bien el objetivo del trabajo era la supervivencia,

esto es, se producía lo indispensable para la subsistencia como alimento y vestuario, el trabajo estaba apenas en sus albores; es sin embargo después, en la sociedad llamada patriarcal cuando surgen varios de los diferentes adjetivos para el sustantivo trabajo. Es en esta sociedad cuando se originan excedentes entre los bienes que se producen y bienes de producción para producir esos bienes que dejan excedentes que se pueden cambiar por otros o vender obteniendo plusvalía.

¿Y por qué surgen estos adjetivos? Por una razón sociológica y económica: los dueños de los bienes de producción no son capaces de satisfacer el mercado que empieza a formarse con lo que ellos alcanzan a producir, requiriendo entonces de “ayuda”, es decir, de mano de obra que será tratada de maneras diferentes dependiendo principalmente de lo que implique el salario pagado en el costo del bien que se produzca; haciendo notar que en muchas sociedades el salario no existía y se ocupaba simplemente mano de obra esclava.

Hasta aquí el trabajo se ocupa principalmente para producir bienes que tienen que ver con la subsistencia, y quienes trabajan, lo hacen para los dueños de los medios de producción porque necesitan de esos bienes que ellos mismos ayudan a producir y que les proporcionarán subsistencia. En otras palabras, todo lo que circunda al trabajo se orienta a satisfacer necesidades que se ubican en la base de la pirámide creada por Abraham Maslow denominadas “necesidades del déficit”, que revisaremos brevemente más adelante. Nótese que si todo se orienta a la subsistencia, resulta difícil pensar que haya habido personas que pudieron distraer parte de sus actividades con otras que se acercaran a algún interés por conceptos más elevados como el realizarse con un trabajo; sin embargo las hubo, y no hablo del sentimiento de realización que seguramente sintieron los dueños de las tierras ante una buena cosecha. Hablo de avanzados que existen en todas las sociedades, cuya lucidez ha permitido que los humanos nos alejáramos más y más y en forma definitiva de las bestias.

Volviendo a la historia, es de manera muy posterior cuando el trabajo se sofisticaba y los bienes se producen de manera masiva, además, por ser éstos de más compleja producción surgen la división del trabajo y las especialidades, y también el mejoramiento paulatino de los bienes de producción destinados a producir bienes de consumo a mayor escala; así como de bienes que bien podrían denominarse “bienes del espíritu”. Entre los primeros es indispensable mencionar el descubrimiento o la invención de la rueda, la palanca y los engranajes. Entre los segundos, la construcción de monumentos y templos. Nótese que esta actividad tan ligada a nuestra orden se presenta a esta altura de manera concreta; sin embargo su fin último: lugares de reflexión y recogimiento, venía ya de antes destinando el hombre suertes de santuarios donde se honraba a los muertos y se podía adorar y pedir a seres superiores. Bastante después se llega a la llamada revolución industrial provocada por la invención de la máquina a vapor que produjo un bienestar evidente pero también cesantía inmensa: ya no era necesaria tanta mano de obra. Cincuenta millones de europeos tuvieron que partir como inmigrantes en un exilio de carácter económico.

Es buen momento para citar un párrafo de la mejor novela que haya sido alguna vez escrita. Se podrá notar aquí con singular vigencia, un adentramiento notable en los adjetivos más oscuros que pueden acompañar al sustantivo “trabajo”.

Escuchó gritos de dolor y a pocos pasos vio atado a una encina a un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba que era el que las voces daba, y no sin causa porque le estaba dando azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y un consejo. —La lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondía: —No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, prometo de tener más cuidado con el hato. Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: —Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; tomad lanza que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo. El labrador que vio sobre sí aquella figura blandiendo lanza sobre su rostro túvose por muerto y respondió: —Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es mi criado que me guarda unas ovejas, y es tan descuidado que cada día falta una; y porque castigo su bellaquería, dice que lo hago por no pagarle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. —¿«Miente» delante de mí, ruin villano? —dijo don Quijote—. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige que os concluya. El labrador desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debían. Él dijo nueve meses a siete reales cada mes. Y díjole don Quijote al labrador que desembolsase si no quería morir por ello. Respondió el villano -el daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa que yo se los pagaré un real sobre otro. —¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. ¡Mal año! No, señor, porque en viéndose solo me desuelle como a un San Bartolomé. —No hará tal —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería le dejaré ir y aseguraré la paga. —Mire vuestra merced, lo que dice —dijo el muchacho—, éste, mi amo no ha recibido caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, vecino del Quintanar. —Importa poco eso —respondió don Quijote—, que Haldudos puede haber caballeros; que cada uno es hijo de sus obras. —Así es verdad —dijo Andrés—, pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? —No niego, hermano Andrés -respondió el labrador—, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías existen de pagaros. —Del sahumero os hago gracia —dijo don Quijote—: y si no cumplieras os juro de volver a castigaros. Sabed que soy el valeroso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios y sinrazones, y no se os parta de las mentes lo prometido so pena de la pena pronunciada. Y, en diciendo esto picó a su Rocinante. Siguióle el labrador con los ojos y, cuando ya dejó de verlo, volvióse a su criado y díjole: —Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado. Y, asíéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tanto azote, que le dejó por muerto.

Más allá de las buenas e ingenuas intenciones que se manifiestan en la acción del “ingenioso hidalgo”, volviendo a la broma de nuestra juventud, hago notar que aquí el que trabajaba no es indigno sino alguien que debía realizar un trabajo indigno para subsistir, y el “empleador” que no trabajaba, es en realidad el indigno. Aunque se podría decir también que el indigno sí trabajaba: su trabajo era aprovecharse de aquel que por no caer en la preposición “sin”, debía realizar un trabajo que no es indigno en sí, pero el trato del empleador lo indignifica. Nótese, cuidar ovejas no sólo no es indigno sino metafóricamente implica una tremenda nobleza: “El Señor es mi pastor, nada me puede faltar”. Por otra parte el trabajo de nuestro buen don Quijote “Desfacedor de agravios y sinrazones” con todas las buenas intenciones e ingenuidades que engloba, posee una clara orientación a la trascendencia, relacionada con los escalones más altos de la Pirámide de Maslow que revisaremos a continuación. Antes hago notar que esta problemática abordada por Cervantes, si bien pudiera parecer

extemporánea, está lejos de serlo: no hace mucho apareció en la prensa el caso de un agricultor de Puerto Varas quien tenía viviendo a su inquilino en un camastro junto a cerdos, y no sólo no le pagaba sino lo golpeaba constantemente sólo por placer. No es tampoco menos diferente el caso de los treinta y tres mineros atrapados en un socavón atacameño, obligados a trabajar para empleadores inescrupulosos que lucran con la exposición al peligro de quienes deben trabajar a costa de no caer en la temida cesantía. Y por qué no citar aquí también al pueblo mapuche que despojado de sus tierras, subsiste en los terrenos más infértiles y, cuando emigrantes en la ciudad, se les obliga a ejercer los oficios menos dignos. Note que el trabajo que realizaba Andrés, de El Quijote, así como el inquilino de Puerto Varas, el que realizaban los mineros de Atacama y el que realizan esos hombres de la tierra despojados de ella se relacionan con la supervivencia y son obligados a ejercerse en pro de ésta.



Es tiempo de abordar aspectos más positivos del trabajo. Primero una cierta hipótesis en que me aventuro: “quizá sea posible decir que si el trabajo dignifica, dignifica en la medida que los escalones inferiores de la pirámide de Maslow se vayan superando y los incentivos del trabajo se puedan relacionar más con los escalones superiores denominados “necesidades del ser”, vinculados ellos con el crecimiento personal. Son escalones donde se lee necesidades sociales

como amistad y afecto; necesidades de reconocimiento como éxito, confianza y respeto; y necesidades de autorrealización como moralidad, creatividad, espontaneidad, falta de prejuicios y aceptación de hechos. Los trabajos que nosotros los masones desarrollamos en orden a pulirnos y a progresar como seres humanos están claramente relacionados con estos escalones superiores y, en cuanto a los trabajos intramuros, son más psicológicos que sociológicos porque tienen que ver con nuestros procesos cognitivos internos.

¿Y qué pasa con nuestro trabajo extramuros? Debe tender a lo sociológico porque se espera que nuestra acción influya positivamente en la sociedad, sin olvidar que nuestra orden nos enseña expresamente que el Templo no es sólo el lugar de reflexión y recogimiento donde nuestro trabajo es estudiar, aprender, expresarnos, comunicarnos y crecer; la construcción del verdadero Templo masónico si bien comienza desde el fuero interno, se debe expresar en nuestro mundo profano, y debemos aportar los resultados de nuestra perfección a la sociedad profana. Destacar en Logia carece de valor si esa luz no trasciende hacia el mundo profano. Se puede agregar a esta línea de pensamiento el que a más arriba en la pirámide apunten las acciones que realicemos ya sea en nuestro fuero interno como en lo extramuros, ellas más se vincularían con aquello que el trabajo dignifica, y para eso es indispensable la educación. A mayor educación de las personas, los trabajos que pueden llegar a desempeñar se acercarán a lo más digno. Por el contrario, muchos de los menos educados deberán pasar la vida trabajando por la subsistencia. No digo con esto que las personas educadas no vayan a estar siempre libres de flagelos como el del trabajo poco digno o el de la explotación, pero sí que estarán menos expuestos a ellos y tendrán mejores posibilidades de realizarse en sus trabajos. E insisto, los menos educados, difícilmente obtendrán trabajos satisfactorios, y estarán siempre más expuestos a la cesantía y a la explotación. En otras palabras, nuestras acciones extramuros debieran apuntar a que nuestra influencia se deje sentir en la sociedad orientado a que las personas, gracias a

su trabajo, puedan asegurar suficientemente sus necesidades básicas como para que tengan posibilidades de preocuparse de las necesidades del ser.

Al respecto, presento ante ustedes un programa que se relaciona con esos escalones altos documentados por Maslow con el que se pudo probar que el trabajo sí dignifica y se pudo ir más allá: “Cuando el trabajo dignifica mejora el nivel cognitivo y al mejorar el nivel cognitivo mejora la autoestima de las personas y el nivel de vida de éstas”. Me aventuro con una proposición psicológica y sociológica: “La reposición del adulto mayor en la sociedad resulta un proceso saludable que contribuye a trabajar en base al autodesarrollo, las potencialidades, la autovaloración, el autoconocimiento, todo lo referente a la esfera cognoscitiva y afectiva, propiciando bienestar en los adultos mayores, viéndose hoy además como una necesidad de primer orden por el gran número de ellos que tenemos hoy en Chile, cantidad que crecerá dramáticamente durante los próximos años. Si a esto agregamos el conducirlos para su reintegración en la sociedad a un rol del tipo “admirado por la sociedad”, estaremos trabajando de manera directa sobre su autoestima. En otras palabras, no es lo mismo que un adulto mayor se reintegre en la sociedad vendiendo papas que trabajando en ámbitos relacionados, por ejemplo, con el arte o el altruismo”. Si bien, según Maslow, todas las necesidades del ser humano están jerarquizadas de manera que se van cubriendo desde las orientadas a la supervivencia hacia las relacionadas con el desarrollo del ser, en este caso, según la observación de quienes trabajamos en el citado programa, a pesar de que los adultos mayores participantes, en su mayoría, por su situación original de pobreza o aún pobreza extrema, jamás pudieron satisfacer en plenitud ni siquiera las llamadas necesidades fisiológicas como satisfacer el hambre, la sed o el sueño, entre otras, ya que eran personas que sólo vivían al día, sorprende verlos hoy día saltándose escalones para llegar rápidamente a las necesidades del ser ubicadas en la cúspide. El programa constató un aumento en autoestima de los ancianos de un 22,32%, se ocupó el instrumento “Escala de Autoestima de Rosenberg”; y créanlo, para mí, educador especializado en psicología educacional, esto es realmente mucho.

¿De qué se trataba este trabajo? Simple: se capacitó a un grupo de ancianos que vivían en un estado semi marginal para que contar cuentos, y se les buscó espacios donde pudieran mostrar su arte haciendo de paso un aporte a la sociedad representada en este caso por niños de la periferia en situaciones de privación. Hablo de niños que difícilmente han dispuesto de libros y que raramente podría alguien contarles un cuento. ¿La clave? Se capacitó a estos adultos mayores para realizar un trabajo admirado por la sociedad¹ que les aportó esa dignidad que jamás habían sentido en ninguno de los trabajos de subsistencia que debieron realizar. La mejora en autoestima les permitió sentirse vigentes y el esfuerzo intelectual que realizaron durante la capacitación además de la práctica misma de su arte ante el público mejoró su nivel cognitivo. A esto se denomina hoy “neuroplasticidad”. En resumen, aquí el trabajo realmente dignificó a quienes habían tenido trabajos malos o indignos y que en muchos períodos ni siquiera habían contado con un trabajo.

¹ Los ancianos pudieron realizar este trabajo porque sus necesidades básicas las cubren sus pensiones e instituciones de beneficencia particulares o del Estado.

CONCLUSIONES

- Los trabajos que podemos realizar habiendo superado los escalones bajos de la pirámide de Maslow nos alejan de esa condición cercana a las bestias en que nos desgastamos concentrando esfuerzos en satisfacer necesidades básicas e inmediatas.
- Un trabajo digno y admirado por la sociedad es capaz de llevar a las personas a ser apreciadas, valoradas y reconocidas, instándoles ello a convertirse cada vez en mejores, agregando incluso para sí necesidades de trascendencia.
- “Pan, techo y abrigo” es una consigna válida pero refleja las pocas oportunidades que brinda la sociedad para que sus integrantes crezcan. “Pan, techo, abrigo, y educación”, sería una consigna más orientada al crecimiento humano, porque mientras más extendida y de mayor calidad sea la educación que se reciba, se estará en mejores condiciones de realizar trabajos dignificantes, contribuyendo ello a mejorar las condiciones de vida de las personas. Si los masones creemos realmente en esto y no dudo que así sea, deberemos renovar de manera concreta esos votos que en el pasado nos identificaron como paladines de la educación. La educación debería ser el polo más significativo de nuestro trabajo extramuros.
- Un punto algo más a parte: A quienes temen perder su capacidad intelectual por vejez, se les invita a trabajar entusiastamente en tareas que ejerciten el cerebro como se hace con cualquier otra parte del cuerpo. Las neuronas se reciclan y se renuevan en la medida que el cerebro sea exigido. A esto, que es algo ya probado, se le llama “neuroplasticidad”.

BIBLIOGRAFÍA

- El árbol del conocimiento, Humberto Maturana.
- El origen de la familia, la propiedad y el estado, Federico Engels.
- El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha, Miguel de Cervantes Saavedra.
- Maslow: Motivación y personalidad. Rev. Ed. N.Y. Harper & Row. New York: Harper & Row. 1970.
- Rosenberg, M.: Sociedad y el adolescente la imagen de sí mismo. Princeton, NJ: Princeton University Press. Princeton, NJ: Princeton University Press. 1965.
- “El Templo del Compañero”, Juan Araya Allende, Cámara de Compañeros, R.: L.: Cóndor N° 9, Valle de Santiago, abril 28, de 2010 e.: v.: